

**TÍTULO: VOLVER A NACER**

Lucía caminaba por la calle con una mezcla de alivio, orgullo y felicidad. ¡Por fin había terminado la carrera de derecho! ¡Había sobrevivido! Había llegado al final de una etapa que creyó que nunca acabaría.

Su amiga Marta la esperaba apoyada en su coche azul claro, un modelo antiguo que había heredado de su tío y que no lo había llevado al taller desde hace mucho tiempo. El capó tenía pequeñas abolladuras, la pintura estaba algo apagada y la puerta del copiloto hacía un ruido extraño cuando se abría. Pero era su coche, y lo defendía como si fuera una reliquia.

— ¡Ahí está la graduada! —gritó Marta al verla—. ¿Lista para enfrentarte al mundo laboral? ¿O prefieres seguir estudiando para no asumir la vida adulta?

—Ahora mismo solo quiero comer —bromeó Lucía.

—Pues antes de comer... tenemos una misión —dijo Marta—. Hoy toca pasar la ITV, así que tienes que acompañarme.

Lucía sonrió y dijo: —Vale. Pero si explota en mitad de la inspección, yo no quiero saber nada y diré que nunca he estado allí.

Subieron al coche y el coche no arrancaba por mucho que Marta lo intentaba una y otra vez, hasta que por fin, el motor retumbó y arrancó. Las vibraciones del volante le recordaron a Lucía por qué Marta solía decir: “Mi coche es como yo: viejo, nervioso, pero funcional”.

El trayecto hasta la ITV fue corto. Al llegar, una fila de vehículos esperaba su turno. Entonces apareció él. Un chico alto, moreno, sonriente, con unos ojos verde que resplandecían al mirarte.....

Cuando se acercó para atenderlas, Marta le dedicó una sonrisa pero fue a Lucía a quien él miró dos segundos más de lo necesario.

—Buenos días señoritas ¿ vienen a pasar la ITV para este coche?

—Sí —respondió Marta—. Trátalo con cariño, que es como mi hijo.

Él soltó una carcajada.

—Haré lo que pueda. Soy Álvaro. Si queréis, podéis acompañarme durante la inspección.

Mientras él revisaba luces, frenos y emisiones, Lucía no podía apartar la mirada. Algo en su forma de trabajar, concentrada pero tranquila, le transmitía una confianza inmediata.

Pero Álvaro detectó algo en el vehículo.

—Tenemos un problema —dijo, señalando las ruedas delanteras—. El desgaste es excesivo. Esto es un fallo grave. Tenéis que cambiarlas ya.

Marta replicó — ¿Tan mal están?

—Si llueve, el coche puede perder agarre. No es negociable —respondió Álvaro—. De verdad, no podéis circular así.

Miró a Lucía con una expresión que mezclaba seriedad y preocupación y Lucía sintió un escalofrío, como un mal presentimiento.

—Prometo que las cambiaremos —dijo ella, aunque Marta no parecía convencida.

Pasaron unos días y Marta pospuso la reparación con excusas: falta de dinero, falta de tiempo, falta de ganas. Lucía insistió, pero tampoco quiso agobiárla.

Unos días más tarde, Lucía tenía que ir a recoger unos papeles a la universidad y le pidió a Marta que la acompañara con la condición de que no cogerían el coche hasta que no cambiara los neumáticos. Pero aquella tarde el cielo amenazaba tormenta y Marta apareció con el coche. Le aseguró a Lucía que no pasaría nada, que irían despacio. Lucía dudó unos segundos, pero como era tarde y el trayecto cortó, subió, aunque no tardó en llover.

Primero caían unas cuantas gotas, pero comenzó a llover cada vez más y el cielo se oscureció lo que dificultaba la visión en la carretera.

Marta mantenía las dos manos en el volante y avanzaba con mucha dificultad. Entonces, el coche de adelante frenó en seco y a Marta no le dio tiempo a reaccionar, el impacto fue brutal.

Lucía quedó inconsciente. Cuando despertó, había luz, un olor a desinfectante y oía una voz que parecía lejana.

—Estás en el hospital. Tuviste un accidente. Pero estás viva. Tuviste mucha suerte.

Lucía intentó hablar, pero la garganta estaba seca. Recordó un destello, el sonido del impacto, la lluvia.....

Marta estaba bien, sólo tenía un simple arañazo. Ella había salido peor parada.

Al tercer día, alguien llamó a la puerta de su habitación. Era Álvaro, sí aquel inspector, tan guapo, sonriente y amable que les pasó la inspección al vehículo, y tras él, dos compañeros de la ITV entraron con una pequeña planta en las manos.

—Nos enteramos de lo que ocurrió —dijo Álvaro—. Marta nos lo contó. Tenía que venir.

Lucía sintió una mezcla rara de vergüenza, y agrado. No daba crédito que aquel chico que le gustaba, hubiera ido al hospital solo para verla.

—Lo siento... tenías razón—dijo Lucía—.

—No vine para eso —respondió él—. Solo quería verte.

Sus visitas se hicieron frecuentes. A veces traía un café; otras, le contaba historias divertidas del trabajo....., pero nunca mencionaba el accidente. No quería que Lucía lo pasara mal, ya que sólo le importaba que estuviera bien.

Lucía fue recuperándose poco a poco, hasta abandonar el hospital, aunque lo tuvo que hacer en muletas pues la peor parte se la había llevado su pie derecho.

Álvaro la invitó un día a volver a la ITV.

—Quiero enseñarte algo —le dijo.

La llevó a una sala donde colgaban paneles repletos de estadísticas: fallos detectados, accidentes evitados, gráficas que mostraban cómo cada año miles de siniestros no llegaban a ocurrir gracias a revisiones técnicas.

—Esto no son sólo números —explicó Álvaro—. La gente no sabe cuántas vidas se salvan con una simple inspección. Ruedas desgastadas, frenos deficientes, fallos eléctricos... Todo eso puede marcar la diferencia.

Lucía recorrió con la mirada las cifras, imaginando cuántas historias como la suya habrían tenido un final distinto, trágico.

—Yo soy una de esas estadísticas —susurró.

—Tú eres mucho más que eso —respondió él.

El tiempo hizo lo suyo. Marta cambió las ruedas del coche, prometiendo no volver a ignorar una advertencia técnica, y Lucía retomó sus proyectos profesionales.

¿Y Álvaro?... Álvaro se volvió parte de su vida. No de golpe, pero si poco a poco lo que comenzó con una amistad, se fue convirtiendo en algo más.

Una tarde de verano, caminando por un parque lleno de niños y perros corriendo, él tomó su mano y le dijo:

—Nunca olvidaré el día que te vi en la ITV. Pensé que eras alguien que tenía prisa por vivir.

Lucía sonrió.

—Y casi dejó de hacerlo por montar en un coche que sabía que tal y como tenía las ruedas no podía circular

—Lo importante es que estás aquí. —contestó Álvaro.

Ella respiró hondo. El aire olía a césped y vida nueva.

—Supongo que la vida también pasa sus revisiones —dijo ella—. A veces te avisa de que algo está fallando. A veces te toca frenar.

Álvaro la abrazó, y Lucía cerró los ojos. Estaba viva, recuperada y rodeada de personas que se habían convertido fundamentales para su vida. Había aprendido, a un alto precio, la importancia de las cosas pequeñas: una visita a la ITV, una advertencia técnica, un milímetro de dibujo en una rueda.... Y como puede cambiarte la vida.

Al final, la vida le había dado una segunda oportunidad, y ella estaba dispuesta a aprovecharla con cada kilómetro por recorrer. Ella sabía que no iba a estar sola, sino acompañada de personas como Álvaro que estaban allí para ayudarla a levantarse en los golpes más duros.

Caminaron despacio, sin necesidad de palabras. Ella sentía la vida de otra manera, con un ritmo nuevo. Había caído, sí, pero también había vuelto a levantarse.

Y mientras avanzaban, Lucía entendió algo: aquella segunda oportunidad no era un regalo, sino un camino, y por primera vez, estaba dispuesta a recorrerlo sin miedo.